


# SOMBRAS DEL PASADO

La marca del carbón



Isidro F. Carbonero Rodríguez



Las sentencias antiguas  
no siempre prescriben.

Logroño despierta envuelto en niebla cuando el cadáver de un juez aparece junto a la iglesia de Santiago el Real, rodeado por un círculo perfecto de ceniza negra.

Sobre el suelo, trazado con carbón,  
hay un símbolo antiguo.

La inspectora Leire Santolaya comprende pronto que no está ante un crimen ordinario. Nuevos asesinatos, mensajes escritos como sentencias y una inquietante conexión con el Auto de Fe de 1610 arrastran la investigación hacia una memoria enterrada durante siglos.

Porque hay heridas que no cierran.  
Y hay sombras que, cuando regresan, no vienen solas.

**9N**

9 NORTE

NARRATIVAS QUE BUSCAN VERDAD

# **SOMBRAS DEL PASADO**

La marca del carbón

Isidro F. Carbonero Rodríguez

## **Muestra de lectura**

Portada, contraportada, dedicatoria, cita, índice, prólogo y primeras páginas del capítulo 1.

*A mi querida esposa y a mi no menos querido  
hijo,  
sirva esta dedicatoria para recordaros que los  
sueños solamente se cumplen  
si eres capaz de soñarlos.*

*«Que toda la vida es sueño,  
y los sueños, sueños son.»*

Pedro Calderón de la Barca

# ÍNDICE

PRÓLOGO	.....
15	
CAPÍTULO 1	.....
17	
CAPÍTULO 2	.....
33	
CAPÍTULO 3	.....
49	
CAPÍTULO 4	.....
61	
CAPÍTULO 5	.....
71	
CAPÍTULO 6	.....
81	
CAPÍTULO 7	.....
97	
CAPÍTULO 8	.....
109	
CAPÍTULO 9	.....
121	
CAPÍTULO 10	.....
129	

CAPÍTULO 11

.....  
143

CAPÍTULO 12

.....  
153

CAPÍTULO 13

.....  
161

CAPÍTULO 14

.....  
171

CAPÍTULO 15

.....  
179

GLOSARIO

.....  
187

SOBRE EL AUTOR

.....  
189

# PRÓLOGO

Logroño, 7 de noviembre de 1610

La noche anterior al fuego, la piedra sudaba frío.

Naia Agramonte no sabía si amanecería con vida. En la celda subterránea, el aire olía a hierro, a humedad y a miedo antiguo. Había escuchado los rezos de los carceleros, los gemidos de las otras mujeres y el crujido de las tablas que, en la plaza, preparaban para convertir la fe en espectáculo. Pero lo que más la hería no era la muerte. Era el olvido.

Buscó a tientas entre la paja hasta encontrar el pequeño trozo de carbón que había escondido bajo la manga. Con él trazó sobre el muro un triángulo invertido y lo atravesó con una línea firme. No era un adorno ni una superstición para consolarse en la última hora. Era una promesa.

Quien entrara en aquel círculo sin culpa quedaría protegido. Quien lo cruzara con el alma manchada oiría algún día su propio nombre pronunciado por la ceniza.

—No seremos humo —susurró.

Al otro lado de la puerta, alguien se detuvo. Naia cerró la mano sobre el carbón hasta que la piel se le ennegreció. Luego sonrió en la oscuridad. Habían escrito su condena en pergamino, pero ella acababa de escribir otra sentencia en piedra.

Y las sentencias antiguas, cuando nacen del dolor, no siempre prescriben.

# CAPÍTULO 1

Logroño, noviembre de 2025

Logroño amaneció envuelto en una niebla baja, de esas que no llegan de golpe, sino que se adhieren a los tejados, a las fachadas viejas y a la respiración de quienes se atreven a cruzar la ciudad antes de que despierte. Era noviembre, y el frío tenía una paciencia mineral.

En el casco antiguo, las farolas aún encendidas teñían de ámbar las calles húmedas. No había tráfico. No había voces. Solo el rumor distante de una persiana al levantarse y el eco aislado de unos pasos. La ciudad parecía contener el aliento, como si temiera iluminar demasiado pronto aquello que la noche había dejado al descubierto.

En la calle Barriocepo, una de esas arterias estrechas donde los edificios parecen inclinarse unos hacia otros como viejos confidentes, el habitual tránsito de madrugadores avanzaba con discreción. Hombres y mujeres caminaban con los hombros encogidos, las manos hundidas en los bolsillos de los abrigos, el aliento dibujando pequeñas nubes blanquecinas frente a sus labios. Sus pasos eran suaves, casi respetuosos, como si no quisieran perturbar el silencio.

Pero aquella mañana había algo distinto.

Muy cerca de la plaza conocida como «de la Oca», el flujo habitual se interrumpía. Un pequeño grupo de personas permanecía detenido frente a una cinta

blanca y azul que acordonaba la zona más recogida del lugar. Las letras negras destacaban con rotundidad:

## POLICÍA LOCAL. PROHIBIDO EL PASO

Algunos observaban en silencio. Otros murmuraban con discreción, inclinándose apenas hacia el vecino para intercambiar hipótesis en voz baja. La curiosidad se mezclaba con un leve malestar difícil de explicar. Nadie sabía exactamente qué había ocurrido, pero todos intuían que no era algo cotidiano.

La ligera niebla que ascendía desde el cercano río Ebro reptaba por las calles como una presencia viva, enroscándose en las esquinas y suavizando los perfiles de las fachadas. Bajo ese velo blanquecino, la escena adquiría un tono casi espectral.

Cuando las campanas de la iglesia de Santiago el Real comenzaron a tañer las siete de la madrugada, el sonido grave se expandió por el barrio con solemnidad antigua. Cada campanada parecía golpear el aire con peso específico. Un grupo de palomas, sobresaltado, alzó el vuelo de manera abrupta, rompiendo momentáneamente la quietud con el batir nervioso de sus alas.

La inspectora Leire Santolaya levantó la vista hacia el campanario en el instante de la última campanada. No era un gesto consciente de fe, sino una reacción casi instintiva, como si necesitara anclar su mente a algo firme antes de enfrentarse a lo que sabía que iba a encontrar.

Se ajustó la bufanda con un movimiento mecánico. El frío penetraba con obstinación bajo la ropa,

colándose por las mangas y el cuello. Levantó la cinta policial y cruzó bajo ella con determinación pero sin apresurarse.

Un agente uniformado de la Policía Nacional la esperaba unos metros más allá. Era joven, demasiado joven quizá para determinadas situaciones como esta. Su rostro pálido contrastaba con el tono azulado de la mañana. Se arrebujaba en su chaquetón, frotándose las manos y moviendo los pies en pequeños saltos para combatir el frío, aunque Leire sospechaba que no era solo la temperatura lo que lo hacía estremecerse.

Leire había estudiado Psicología en el edificio de la UNED situado a escasa distancia de allí. Durante años había transitado aquellas mismas calles con libros bajo el brazo y teorías en la cabeza, convencida de que comprender la mente humana era una forma de prevenir sus sombras. Sin embargo, al terminar la carrera, la realidad fue menos amable que los manuales. No encontró trabajo. O, mejor dicho, no encontró uno que le permitiera independencia. Lo intentó en consulta privada y lo intentó trabajando para alguna ONG pero ninguna de estas soluciones le permitía conseguir lo mínimo para vivir dignamente.

Preparar oposiciones fue, al principio, una decisión práctica. Con el tiempo se convirtió en una vocación, y dentro del abanico de posibilidades que su formación académica le permitía optó por la Policía Nacional. Superó el periodo de formación, aceptó destinos lejanos, recorrió comisarías donde la violencia tenía nombres y apellidos, y ascendió hasta convertirse en inspectora de Homicidios.

A sus treinta y cinco años había conseguido regresar a la ciudad donde nació, una capital tranquila, orgullosa de su discreción estadística: pequeños robos, altercados aislados, algún alijo de droga. Nada que desentonara con la imagen apacible de La Rioja.

Pero aquello... aquello no encajaba.

El silencio de aquella mañana le produjo un escalofrío que no supo atribuir únicamente al frío casi invernal ni a la niebla que lo envolvía todo. Había algo en la quietud del ambiente, en la manera en que el aire parecía sostener la respiración, que le resultaba inquietante. Se subió las solapas del chaquetón buscando un calor que no era solo físico.

—¿Qué tenemos? —preguntó, acercándose al agente.

—Varón, unos cincuenta años. Lo encontró el equipo de limpieza sobre las cinco y media de la madrugada. El cuerpo... presenta quemaduras parciales. Pero no hay rastro de fuego en el entorno. Ni gasolina, ni acelerantes, ni nada que lo justifique.

Mientras hablaba, el joven evitaba mirar directamente hacia el interior del perímetro acordonado. Su vista, huía temerosa del cadáver.

Leire frunció el ceño y avanzó con paso firme.

El cadáver aún no había sido cubierto. La escena se abría ante ella con una crudeza silenciosa. A pesar de su experiencia, el impacto fue inmediato. Sintió cómo el estómago se contraía en un reflejo seco que tuvo que controlar respirando despacio para no devolver el café que había tomado a toda prisa antes de salir de

la comisaría.

El hombre yacía de rodillas, en una postura rígida y antinatural. Las palmas de las manos estaban vueltas hacia arriba, abiertas, como si sostuvieran una súplica invisible. El torso ligeramente inclinado hacia atrás otorgaba al conjunto una extraña solemnidad, como si se tratara de una representación detenida en el tiempo.

El rostro estaba parcialmente calcinado. No era una quemadura caótica. Era localizada. Deliberada. La piel ennegrecida contrastaba con zonas intactas, lo que acentuaba la sensación de intención.

A su alrededor, trazado con precisión casi geométrica, se extendía un círculo perfecto de ceniza negra.

No tierra.

No cal.

Fin de la muestra de lectura.